

# Nochebuena en la Prisión

Juan Noble, Prisionero Esclavo, I E 241



No puedo decir que era la mejor Nochebuena de mi vida. Una prisión – especialmente una prisión rusa – no es el mejor lugar en que celebrar el nacimiento de Cristo. Pero esa Navidad la guardaré siempre muy viva en mi memoria.

Era el año de 1954. En esta época yo había sobrevivido nueve Pascuas de la Navidad en las prisiones y campamentos de trabajo y se me estaba acercando la décima todavía sin gozarme de mi libertad, el compañerismo de mis amados, y de la Biblia – las cosas que para nosotros siempre significa esta fiesta sagrada.

El lugar era la prisión Potma, a 350 millas al sudeste de Moscú. Ciertamente el lugar era diferente, pero el ambiente muy conocido antes. En ese lugar había cuatrocientos prisioneros de muchos países, todos abrigando la esperanza de gozar la libertad algún día. Entre nosotros se encontraron otros dos americanos, Guillermo Marshuk y Guillermo Verdine.

Cuando yo había llegado a Potma, acepté un trabajo que nadie aceptaba por el peligro personal a que nos exponía. Ese trabajo consistía en cuidar de doce a quince pacientes tuberculosos, algunos de ellos en las últimas fases de la enfermedad. Escupiendo, y tosiendo y pudriéndose, estaban esperando su fin. Nadie se les acercaba por el peligro del contagio. Además, no contamos con ningunos desinfectantes.

Después de haber orado por estas personas y acerca de mí mismo, yo tenía que tomar el siguiente paso. Sentí la obligación de hacer algo por ellos. Entonces me arremangué y me dediqué a la tarea de

bañarlos, limpiar sus camas y asear sus cuartos. Guillermo Verdine, algo miedosamente pero con buena voluntad, se consintió en ayudarme con el agua y la comida.

Poco a poco el lugar y los pacientes cambiaron de aspecto. Nueva esperanza se veía en los ojos de esos hombres postrados y ellos siempre nos saludaron con una sonrisa.

La Nochebuena se acercaba y aquellos que ni habían pensado vivir para verla, se encontraron con vida todavía y algunos mostraron cierta mejora, aunque fuera muy poca.

Uno de nuestros pacientes, Jorge Fisher, un alemán de 65 años había rogado a los hombres que entregaran madera para la construcción de la cocina, que le trajesen un ramo de pino. De pedacitos de los desperdicios de papel, los enfermos con cariño y dedicación estaban construyendo adornos navideños.

Si no fuera por el hecho de que los demás prisioneros evadían este salón como si fuera la plaga misma, las emociones de estos pobres tuberculosos me hubieran hecho pensar que estaban esperando visitas. Raras veces había llegado alguna visita aun después que nosotros habíamos limpiado el edificio.

Estos preparativos navideños se llevaron a cabo en una forma muy secreta. Los enfermos negaron aceptar la ayuda que yo les ofrecí. Llegó la tarde de la Nochebuena, y al caer la noche, suplicaron que a Verdine y a mí que retiráramos a nuestros cuartos mientras ellos prepararon una sorpresa para nosotros. Escuchábamos en la puerta. Oímos pasos de personas que venían de otras partes de la prisión. Aun parecía que entre ellos se oían pasos de mujeres, cosa muy posible siendo que había ocho o diez mujeres prisioneras en el campamento.

Entonces abrieron nuestra puerta y nos invitaron a pasar adelante en el salón grande.

Había un gran número de personas reunidas. Antes de contemplar sus rostros, clavé la vista en la lucecita de una candelita. En seguida examiné el “árbol” con todos sus adornos que me hizo acordarme de los días de las Navidades pasadas en mi casa. Podía sentir el calor de profunda y sincera amistad. Ciertamente no había ningún regalo, pero había algo infinitamente más rico y significativo.

Levanté la cabeza y miré en los ojos del grupo. Había cuatro a cinco mujeres presentes. Entre ellas se encontraba Madama Gorskaja, primera esposa de Nikita Khrushchev – que miraba con ojos llenos de lágrimas. Ella acababa de haber cumplido ocho años de su sentencia.

“¿Qué quiere decir todo eso?” pregunté.

Jorge Fisher se adelantó y tomó la palabra. “Juanito”, nos dijo, “no tenemos regalos para usted, tampoco para Guillermo, pero hemos preparado este árbol e invitado a nuestros hermanos prisioneros a que viniesen a oír lo que todos deseamos decirles. Juanito, del fondo de nuestros corazones deseamos decirle si usted no se hubiera encargado de nosotros, ninguno hubiera vivido para ver esta Nochebuena. Lo único que le podemos regalar son nuestras palabras de agradecimiento, simplemente ‘muchas gracias’”.

Palabras son incapaces de describir mis emociones. Solamente había hecho lo que Dios con todo derecho, esperaba de mí – un vaso de agua dado en el nombre de Jesús. Yo no pude salvar sus vidas, pero bien podía contarles de Uno que podía salvar sus almas.

- Tomado de “La Bandera Evangélica